



La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 94

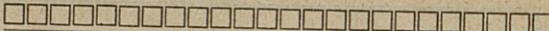
IRENE

*Finísima comedia, interpretada por los
siguientes artistas:*

Señora O'Dare	Kate Price
Señor O'Dare	Charlie Murray
Irene	COLLEEN MOORE
Cordelia	Betty Francisco
Donald Marshall	LLOYD HUGHES
Bob	Lawrence Wheat
Serapio	George K. Arthur
La madre de Donald	Ida Darling
La novia de Donald	Eva Novak

Producción FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDA POR
METRO - GOLDWYN CORPORATION
Mallorca, 220. - BARCELONA



IRENE

Argumento de la película



En un barrio pobre, pero divertido, de Filadelfia, vivían una dama de calidad y cantidad, llamada señora O'Dare, irlandesa a mucha honra, y su marido y tres hijos.

El señor O'Dare vivía con su familia, pero se pasaba la mayor parte del tiempo buscando trabajo por la ciudad... con frecuentes visitas, cuando apenas hacía algún jornal, a los templos del tentador dios del zumo de uvas.

Los hijos del matrimonio llamábanse Mickey y Mary, los dos pequeños, y la mayor, Irene. Aquéllos no contaban más de seis a siete años, y ésta cortejaba los diez y ocho.

Debido a las aficiones líquidas del jefe de la familia — no decimos cabeza porque en la casa no había otra cabeza que la de la señora O'Dare—, no era de extrañar que muy a menudo regresara al hogar acompañado.

Aquel día, fin de semana obrera, llamaron a la puerta de la casa.

—Adelante.

Entró un guardia.

—Vive aquí el señor O'Dare?

—Sí, señor. Aquí vive. ¡Como todos los sábados, el señor se hace escoltar por la autoridad!

El guardia empujó al beodo y marchóse.

La señora O'Dare se dispuso, con el rodillo de prensar la ropa de las lavadas — pues era lavandera y planchadora de oficio—, a dar una lección al bebido, harta ya de sus monas semanales.

Pero el ingenio del amigo de las tabernas era oportuno, y gracias a que se le ocurrió comprar unas flores, la señora O'Dare quedó, al verlas, desarmada. Se libró, pues, el borrachín de golpes, pero no duró mucho la calma de la esposa.

Irene se encargó de armar revolución en su casa.

Véase cómo fué.

La revoltosa del hogar, una enciclopedia de picardías, llegó a la puerta de su casa, dejando en ella el carrito de reparto del planchado a las clientes.

Al reunirse con los suyos, le dijo su madre:

—¡Cuánto has tardado hoy en hacer el reparto! La señora Ginsberg telefoneó dos veces... Estaba como para pedirle un favor...

Irene, no recordando haber ido a la casa de la señora aludida por su madre, bajó a la calle y miró si había algún paquete olvidado dentro del carrito.

En efecto, el paquete en cuestión estaba en el fondo del coche.

¿Qué diría su madre si descubría su distracción?

Para evitarse un sermón, cogió dicho paquete y lo metió en el cubo de las basuras, pensando



...la señora O'Dare quedó, al verlas, desarmada.

sacarlo al día siguiente antes de la recogida de las mismas.

Pero sucedió que los chicos del barrio, que jugaban en la calle, vieron la operación de Irene; y cuando ésta subió de nuevo a su casa, apoderáronse del paquete por ella escondido en el cubo.

Desparrumado el paquete, los traviesos chi-

quillos encontraron en él camisas, pantalones y enaguas, todo ello femenino, y sin vacilar se vistieron dichas prendas, transformándose en fantasmas con los camisones de dormir.

La señora O'Dare, no habiendo obtenido contestación de su hija a su primera pregunta, insistió en interrogarla acerca de la ropa de la señora Ginsberg.

—¿Estás segura de haberla entregado? Precisamente me pasé toda la noche planchando para poder cumplir con ella.

Sin titubeo alguno Irene mintió.

—Sí, mamá. La entregué al ama de llaves.

Y poco después, llamándole la atención el escándalo que armaban los chiquillos en la calle y al pie de su casa, la señora O'Dare se asomó a la ventana y vió lo que Irene tenía empeño en que no viera.

—¡Virgen Santísima! — exclamó la lavandera, reconociendo la ropa —. ¡Las prendas íntimas de la señora Ginsberg! ¡Qué abominación!

La paliza que iba a recibir Irene dejaría huellas largas. Pero la señora O'Dare determinó hacer otra cosa más eficaz que los gritos y los cachetes y zurras. Despues de recoger la ropa, persiguiendo a los revoltosos, reunió a sus familiares y les dijo:

—Así no podemos seguir. Si no cambiáis todos, os prometo que os dejaré solos y me pondré a servir. ¡Exijo orden! ¡Tú, Irene, búscate desde mañana mismo un empleo en la ciudad! En adelante tú, rentista — se refería al marido — harás el reparto del planchado.

El señor O'Dare dijo que "bueno" e Irene no dejaría de seguir el consejo materno.

Al día siguiente, Irene buscó una colocación en varios sitios, y dos o tres días después lograba encontrar una bastante cómoda.

Mucho público que transitaba por la calle del establecimiento donde Irene trabajaba, deteníase ante un amplio escaparate para contemplarla.

El trabajo de Irene consistía en demostrar la resistencia de las camas que vendía la casa comercial.

Además de ver a la empleada de gestos cómicos los transeúntes podían reírse leyendo los carteles anunciadores de la bondad del material de descanso expuestos a su consideración en el escaparate.

Dichos anuncios decían:

"Si el sol usara nuestra cama, no se levantaría jamás."

"Camas ligeras para sueños pesados."

"Un enfermo se cree en la gloria en nuestras camas."

A los tres días de divertir a la gente con sus demostraciones prácticas de la solidez de los lechos, Irene vió al través del cristal del escaparate a una antigua amiga, Cordelia Smith.

—¡Oh, Cordelia! Entra. Por ahí.

Cordelia la alcanzó dentro del escaparate, y hablaron como si estuvieran en su casa.

Los espectadores reíanse más y más, pensando que todo era una farsa para atraer a la gente. Irene admiraba a Cordelia. No era la misma

de antaño. ¡Qué elegancia! ¡Qué finura en el vestir!

—¿Te ha tocado la lotería? — le preguntó no comprendiendo el cambio operado en ella.

—No. He tenido suerte. *Voilà tout.*

—Y ¿cómo se consigue esa suerte, Cordelia?

—Ven a verme, querida. Tengo una colección de vestidos capaz de enloquecer de envidia a la Gloria Swanson, por muy Marquesa que sea.

El gerente de la casa, al ver a las dos amigas charlando, sin preocuparse Irene de hacer propaganda de las camas, puso el grito en el cielo y las separó.

Antes de marcharse del escaparate, Cordelia se llevó la promesa de Irene de que iría a verla algún día.

La empleada volvió a su trabajo, pero puso tal energía en sus demostraciones, que al dejarse caer sobre la cama, el *sommier*, muy flexible, la mandó al techo, quedando suspendida en la araña que colgaba de él.

La risa del público fué de órdago, y el gerente, furioso, disponíase a poner verde a Irene.

Para librarse de la lluvia, la empleada, cansada de tanto jaleo, se anticipó a él, diciéndole:

—¡Le presento mi dimisión!

A lo que el gerente repuso, indignado por la chunga de los espectadores:

—¡Preséntesela a su abuela! ¡Y márchese en seguida si quiere!

El señor O'Dare, en su nueva ocupación de repartidor del planchado de su cara mitad — mitad que hacía más bulto que él — tenía más ocasiones para regresar a su casa haciendo eses, empleando las propinas que le daban, en visitar a sus amigos los taberneros, con los que era carne y uña.

Aquella tarde la señora O'Dare echó de ver que su caro esposo — caro de bebida — volvía vuelto al revés.

—¿Qué es esto, O'Dare? ¿Otra vez?

—¡Calumnias, mujer, calumnias!

—¡O'Dare! ¡No lo niegues! ¡Bien veo que se te ha subido el humo a la chimenea!

—¡Qué humo ni qué chimenea!

—A ver... Acércate. Abre esa boca.

La señora O'Dare encendió una cerilla y la acercó al aliento de su esposo, inflamándose (¡!).

—¿Lo ves? Rezumas alcohol por todos los poros. ¡Es que te vas a pasar toda la vida empinando el codo?

—¡Calumnias, mujer, calumnias! Para demostrar que estoy en mi cabal juicio, puedo cantarte la romanza a la luna.

¡Oh, pálida luna... ja!

¡Risueña como una mujer... aja!

—¡Borracho perdido! ¿Cuándo cantaste eso estando sereno?

La llegada de Irene interrumpió la palestra conyugal.

La señora O'Dare extrañó de su regreso anormal.

—¿Qué haces aquí a esta hora? ¿Se quemó la tienda?

—No, mamá... El que se quemó fué el tendero. Y como se puso muy imprudente, me vi obligada a dimitir.

—Sí, ¿eh? Habrás hecho alguna de las tuyas. ¡Y ya estoy hasta la coronilla de todos vosotros! ¡Vete, condenada, vete! ¡No vuelvas hasta que te hayas colocado nuevamente!

—Pero, mamá...

—Mujer... — intervino el padre.

—Tú te callas!

Irene hubo de obedecer a su madre. Salió a la escalera, y su madre, siguiéndola allí, le repitió que no volviese sin haber encontrado otra colocación.

La señora O'Dare estaba furiosa. Había dado rienda suelta a su genio... y cuando lo hacía se ofuscaba y cometía tonterías, como todos los que se encolerizan.

El marido, que tenía bastante con su borra-chera, fumaba sin diapasón echando fantásticas bocanadas de humo de su atiborrada pipa.

Ante la humareda, la señora O'Dare le gritó:

—¡Eh! ¡El señor de la pipa! ¡Se cree usted que fuma a destajo?

Al salir de su casa, Irene pensó en su amiga Cordelia. Iría a verla y le pediría ayuda para encontrar otro empleo. Tal vez ella, relacionada con alguna casa de modas, le proporcionase una colocación agradable.

Cordelia vivía montada a todo lujo. Irene se maravilló de la opulencia de su amiguita, que realmente había hecho progresos.

—¿Qué tienes, que te veo tan preocupada? — preguntóle Cordelia.

—Me dijiste que viniera a verte, y aquí estoy. Me marché de la tienda... Me echaron de casa... y mi domicilio actual es: Gran Hotel de la Intemperie, calle de los Cuatro Vientos, entresuelo... Conque...

—No te apures... Ya veré si puedo hacer algo por tí...

—A propósito... Precisamente, esta noche debo ir a cenar con unos buenos amigos, y puedes tú muy bien acompañarnos. Tal vez esos amigos puedan ayudarte... recomendándote a alguna cosa... Mira la carta que me ha escrito uno de ellos.

Irene leyó:

Querida amiga:

Esta noche cenamos en Tumble Inn. Viene Dik Tracy. El menú, preparado por mí, es de una opiparez que espanta.

Tuyo siempre,

Tom.

Irene devolvió la carta a Cordelia y comentó: —Yo no sé si debo ir, Cordelia.

—No tengas ningún recelo, tontuela. Te aseguro que mis amigos son de una seriedad integral. Tendrás por pareja a Dick Tracy, que es un chico muy simpático y formal.

—Pero... voy a ir así?

—El vestido no debe preocuparte. Tengo una monería de *toilette* que te irá como un guante.

Cordelia transformó con vestidos suyos a Irene, que adquirió con ellos un tipo interesantísimo, y un poco más tarde hallábanse las dos amigas en el restaurante elegido para la opípara cena.

Dick Tracy era un muchacho... de algunos años, muy agradable según Cordelia... pero muy impertinente a juzgar por la cara que le ponía Irene.

La intención del hombre formal no pasó desapercibida para Irene, que antes de terminar la cena, viendo el cariz que tomaban las cosas, decidió marcharse.

Cordelia y los amigos trataron de retenerla, pero Irene sabía a lo que se exponía y renunció a la vida rodeada de lujo para conservarse tal como era: pobre pero digna.

¿A dónde iría ahora, vestida con tanta elegancia y con muy poco dinero para tomar un coche cualquiera para refugiarse en alguna parte?

Su criterio le decía que regresase a su casa, y lo hizo, apresurándose a pie.

En camino vió a una muchacha defendiéndose de la osadía de un galanteador que la había invitado a subir a su *auto*; y apiadándose ambas de su poca suerte, hicieron el camino juntas.

Al llegar a la puerta de su casa, Irene se detuvo en el zaguán.

¿Qué le diría su madre?

La señora O'Dare, en tanto, lloraba viendo

que Irene no regresaba, y decía a su marido, levantada de la cama y paseándose intransigualmente por el comedor:

—¿Crees tú que nuestra hija tomó en serio mis palabras?

—No tendría nada de particular. La echaste de un modo...

Asomóse la señora O'Dare a la ventana que daba a la calle, y cuando Irene vencía sus temores para subir a su casa, cayó al arroyo una maceta de las que adornaban con sus flores la citada ventana, empujada involuntariamente por la atribulada mujer.

Irene pensó que su madre la había visto y que, firme en su propósito de no recibirla si no había encontrado un empleo, le mandaba aviso, con un proyectil, de la guerra que habría arriba si subía.

Además, Irene relacionó el gesto de su madre con los vestidos que llevaba puestos... y se apartó de la puerta sin rumbo fijo...

*
**

Pasaron las semanas sin que los O'Dare recibieran noticias de Irene. Y un día, por falta de pago del alquiler del cuarto, fueron expulsados de la casa.

El padre seguía vaciando botellitas hechas a la medida de su bolsillo y, claro, no era de extrañar que el hogar se tambalease sin remedio.

La madre no sabía a quién acudir para re-

mediar su crítica situación, y apenas los muebles del cuarto fueron sacados al arroyo, recibieron los O'Dare una carta.

—¡Oh! ¡Una carta de Irene! ¡Al fin se había acordado de ellos!

Irene no era rencorosa, y tan pronto tuvo la seguridad de que el empleo que había conseguido era seguro, escribió a los suyos.

—¿Qué dice? — inquirió el señor O'Dare.

La madre leyó la carta en voz alta.

Queridísimos papá y mamá:

Estoy en Nueva York. Cuando mamá me echó de casa no supe qué hacer, y se me ocurrió meterme en un camión. Cuando desperté estaba en esta gran ciudad.

Apenas llegué vine. Mando algún dinero con esta carta.

Vale más que se pongan en camino y vengan aquí, donde habrá trabajo para todos.

Tengo un empleo magnífico. Voy todo el día en automóvil, con un chófer con gorra galoneada.

Su hija que la quiere,

Irene.

—¡Salvados! — exclamó la señora O'Dare. — ¡Qué alivio! — Y se metió dentro del escote el billete mandado por su hija.

El automóvil en que iba Irene no era de lujo, sino un *side-car* de reparto de géneros urgentes de una casa de modas.

Irene estaba empleada en dicha casa como

ayudante de oficiala y le hacían llevar paquetes a las casas.

Los O'Dare pusieronse en camino seguidamente, con el dinero mandado por Irene, y pronto estarían en la maravillosa ciudad.

Aquel día, Irene tuvo que ir a entregar unos metros de sedas a los Marshall, cuya señorial mansión se levantaba en la carretera de Nueva York a Boston, como muestra de su vasta fortuna.

Donald Marshall, heredero del nombre y de la fortuna de poderosos industriales, recibía la visita de su amigo Bob Harrison, dueño de una fábrica de seda.

—¿Qué te trae por aquí, Bob? — preguntóle Donald.

—Estoy interesado en un negocio de Modas que podría ser magnífico si tu madre y sus amigas lo patrocinaran...

—¿Quién es el fundador de este negocio?

—Serapio Dobladillo, un genio con las tijeras y el jaboncillo... Te lo he traído para que juzgues por ti mismo...

Serapio, avisado por un criado, presentóse ante Donald.

Serapio era el nombre que correspondía al modisto, muy parecido a un figurín de *garçonne* con bigotillo.

Su talento en materia de transformar trapos en sorprendentes vestidos era indiscutible. Lo discutible en él eran sus posturitas...

Presentados Donald y Dobladillo, éste se alabó a sí mismo convencido de su valía.

—Heredé el negocio de mi tía, y también sus habilidades. El proverbio de la monina que se viste de seda, después de pasar ella por mis manos, podría figurar en la primera plana del Eco de la Moda. ¡Fíjese usted!

El puño del bastón de Dobladillo representaba un cuerpo esbelto de mujer desnuda. Con su pañuelo de bolsillo, de pura seda, el modisto cubrió la desnudez y confeccionó en un periquete un caprichoso vestido.

—¿Qué le parece?

—Muy bonito — dijo Donald.

Mientras seguían hablando, Irene llegaba a la casa. La recibió el criado.

—Soy la que trae las sedas encargadas para no sé qué adornos — dijo Irene.

—Hágá el favor de pasar. El decorador dijo que volvería dentro de una hora. Es preferible que le espere usted, por si la necesita.

Contemplando la riqueza de la regia mansión, Irene dió un traspie y el criado hubo de ayudarla a incorporarse.

—Pase, señorita. Aguarde en ese saloncito, en el que el decorador tiene todavía un poco de trabajo, como puede usted ver por la escalera y el desorden que se observa en esa parte de la habitación.

—Bien. Esperaré, señor.

Donald terminaba en aquel momento su conversación con Dobladillo.

—Mañana pasaré por la tienda, y veremos sobre el mismo terreno lo que se puede hacer.

El modisto y Bob quedaron complacidos, y no

disimulaban su optimismo a Donald mientras éste los acompañaba hasta la puerta.

Irene, ante el lujo que la rodeaba, se sintió acometida del deseo de transformarse en gran señora; y como había aprendido a manejar sedas — cosa fácil para una muchacha de buen gusto — envolvióse el cuerpo en los metros de las que ella había traído de la casa donde estaba empleada.

Para remate del vestido que se confeccionó se colocó en la cabeza la pantalla — que era un primor — de la luz que tenía a su lado.

Compuesta de tal modo, se figuró estar hablando con visitas.

—Mi querida amiga... sólo fumo cigarrillos turcos... ¿Quiere usted más te?

Donald, de regreso de conducir a la puerta a Dobladillo y Bob, vió, al cruzar el pasillo, a Irene y se acercó a ella.

Irene no tuvo tiempo de quitarse lo que se había puesto encima de lo suyo.

Confundiéndola con una verdadera dama..., Donald dijo a Irene, saludándola con profunda reverencia:

—¡Oh, señora! Le ruego que me disculpe. De seguro mi madre ignora que ha llegado ya una de sus invitadas...

Irene, confusa, respondió:

—Me dijeron que esperara aquí.

—Perdone... Perdone... Voy a decirle al criado que la conduzca al pabellón de verano.

Donald fué a buscar al criado, y al encontrarle preguntóle por qué hacía esperar a las in-

vitadas de su madre en el salónquito sin decorar.

—Yo no he visto a esa señora que usted dice — disculpóse el criado.

—¡Cómo no! Venga conmigo.

Irene se escondió, después de quitarse cuánto se pusiera para transformarse en dama elegante, subida a la escalera del decorador, recubierta con telas; y al regresar Donald, con el criado, al salónquito, sorprendióle no encontrarla.

Marchóse el criado, pues habían llamado, y entonces Irene, en su afán de encogerse más y más en su escondite, perdió el equilibrio y cayó encima de Donald, que pudo recibirla en sus brazos.

—¿Es usted la decoradora, señorita? Pero...

Parecíale reconocer a la dama de hacía poco.

Irene se sinceró, muy risueña ante el rostro alegre de Donald.

—Soy la misma de antes, señor... Me puse estas sedas... ¿ve usted? y la pantalla de la lámpara... para parecerme a las modelos de las casas de modas. No me riña usted... Fué una broma...

—Una broma encantadora... — dijo Donald, complacido en extremo. — Yo me llamo Donald Marshall... y tengo un gran placer en conocerla, señorita... señorita...

—Señorita Irene O'Dare, de Filadelfia.

—¿Sabe usted, señorita Irene O'Dare, de Filadelfia, que es usted encantadoramente interesante?

—Es usted muy amable. Pero yo sé que a la mayoría de los hombres sólo les interesa las mu-

chachas bien vestidas, con "chic" y elegancia. ¡Si yo pudiera encontrar un buen empleo! ¡Algo



—No me riña usted... Fué una broma...

que me proporcionara los medios de ayudar a mi familia!

—Todos sus buenos deseos son realizables, señorita Irene, y eso que ha expresado usted va a cumplirse antes de muy poco tiempo.

—Lo dice usted de veras?

—Yo siempre hablo en serio. ¿Quiere usted tomar el te conmigo, señorita Irene?

—Como usted no me parece ser de esos que hablan como los sordomudos... bueno... acepto.

Tomaron el te juntos como buenos amigos, y mientras lo tomaban, el criado, por orden de Donald, fué a comprar — para Irene — un ramo de rosas y la caja de bombones más grande que encontrase; y Donald dijo a la linda joven:

—Voy a ayudar a usted en seguida. Trabajará usted como modelo de un gran modisto. Llevará usted hermosos vestidos, asistirá a fiestas elegantes, y será como un reclamo vivo de la casa.

—Modelo? No sé... no me parece la cosa... muy... muy apropiada... Ahora... si estuvieran dos de mis amigas para... para...

—Para hacerle compañía? ¿Por qué no? Traiga a sus amigas... Servirán también de modelos. ¿Acepta usted?

—En esas condiciones...

—Tenga... Vaya mañana a estas señas, a las once en punto. Yo estaré allí.

Irene se despidió de Donald muy contenta, y creyó soñar al recibir de manos del criado las flores, la caja de bombones y la noticia de que el automóvil del dueño de la casa la esperaba a la puerta para conducirla a su hogar.

Donald no pudo despedirla al pie del coche porque su madre se lo impidió con su presencia y la de la novia que ella le había elegido. Si no...

La llegada de Irene a su casa en el sumptuoso

coche llamó la atención de menores y mayores.
¡Qué rumbo!

Al pie de la escalera encontró Irene a sus dos vecinas y amigas, Helen Cheston, mecanógrafa, y Jane Gilmour, manicura, a quienes dijo, antes de que ellas le hablasen:

—He conocido a un joven que es la flor de la simpatía. Además, muy rico. Y fino... Y gallante... Todo un caballero...

—Y... ¿formal?

—La formalidad en persona. Ya le conoceís, porque le he hablado de vosotras. Mañana os diré más, después de una visita que he de hacer a las once.

Otra sorpresa reservaba a Irene aquel día: la llegada de su familia, a la que halló bonitamente instalada en su pisito.

—Hija!

—Hóla, tesoros de mi corazón!

Después de los efusivos abrazos, Irene dijo a su padre, quitándole la pipa que parecía un volcán:

—Cómprese con este dinero un buen cigarrillo. Y no fume más en esa pipa, porque la gente se figurará que está ardiendo la casa.

La señora O'Dare fijóse en el ramo de flores que había traído Irene, en tanto que los dos hermanos de ésta devoraban los bombones de la caja.

—¿Quién te ha regalado esas rosas, hija? Supongo que no será ninguno de esos chicos de película que abundan tanto en Nueva York.

—No, mamá. Me las dieron en la tienda... para premiar mi puntualidad.

—¡Tu puntualidad?... ¡Esta no es mi hija!... ¡Me la han cambiado!

Con el dinero que acababa de darle su hija, el señor O'Dare pensaba "fumarse" una buena botella.

Y se la fumó. Genio y figura hasta siempre.

**

Donald visitó a Dobladillo en la tienda antes de las once, imponiéndole la condición, para aportar su concurso financiero, de tomar como modelos a Irene y a las dos amigas a que ésta hiciera alusión la víspera.

Resistíase el modisto a complacerle, pero ante la firmeza de Donald aceptó someter a prueba a Irene y luego a sus dos amigas.

Irene no tardó en acudir a la tienda. Presentósela Donald a Dobladillo, y la impresión que éste sacó de ella fué deplorable.

—¡Imposible! Tiene el "chic" y la gracia de un palo de escoba! — dijo a Donald, aparte.

Pero Donald se mantuvo en que tenía que aceptarla, moldeándola a su gusto.

En vista de ello, Dobladillo hizo entrar a Irene al salón de pruebas y la hizo desnudarse en un cuartito y vestirse unas *toilettes* íntimas de encaje para ceñir sobre ellas las finas prendas que su talento transformaría en vestidos.

Irene se resistía a aparecer ante Dobladillo en sutil combinación nada más, pero como no era de cuidado el jovencito, venció sus reparos.

Dobladillo la vistió en un tris, y no agradán-

dole, porque le parecía demasiado rebelde, se lo dijo muy claro, para desilusionarla y mandarla con viento fresco de una vez, contestándole ella en el mismo tono.

Enterado de ello, Donald, que sorprendió a



...y la impresión que Dobladiillo sacó de ella fué deplorable.

Irene en paños menores, asustándose ella extraordinariamente, pronunció su última palabra en aquel asunto:

—Impongo a la señorita Irene y a sus dos amigas como modelos, o deshago la sociedad.

Bob convenció al modisto, y dijo Donald a

Irene que quedaba aceptada y que podía ir al día siguiente al taller del modisto con sus dos amigas, para que se preparasen las tres sin pérdida de tiempo para figurar en la Gran Fiesta de Moda que iba a dar su madre, la señora Marshall.

Por la noche, mientras fregaba los platos, Irene habló con su madre respecto al empleo que se le ofrecía con buen sueldo y buenos trajes, y ante la terminante prohibición de la prejuiciosa mujer, decidió hacer las cosas a la callada.

Ella tenía fe en Donald y no debía desperdiciar la ocasión de ganar dinero.

Habló Irene con las vecinas, sin que sus respectivas madres se enterasen de nada, pues éstas coincidían en el criterio de la señora O'Dare; y al día siguiente salieron las tres amigas con rumbo al nuevo y portentoso empleo.

Dobladiillo las recibió de mala gana, pero como no tenía más remedio que acatar el deseo de Donald, y a pesar de lo insufrible que le era Irene, porque le contestaba con la misma impertinencia que él empleaba con ella, se entregó a la ardua tarea de aleccionarlas.

Después de un mes de práctica intensiva, las modelos hallábanse preparadas para la gran prueba.

—Tengan presente que la señora Marshall está persuadida de que pertenecen ustedes a la mejor sociedad — advirtiéles por innumerable vez el modisto.

Las modelos prometieron cumplir como buenas, pero he aquí que, en aquel instante, un ra-

toncillo, salido de no se sabía donde, sentó sus reales en el saloncito donde se hallaban las muchachas y el muchachito del jaboncillo.

Las amigas de Irene subieronse a unas sillas, haciendo lo propio Dobladoillo; e Irene, no teniendo tiempo de hacerlo, tropezó con una rinconera, hizo caer al suelo la figura de adorno que había en ella y cayó a su vez, destrozándose el vestido — un modelo precioso — que lucía.

Indignado — pasada la alarma con la desaparición del ratón —, Dobladoillo renunció a llevarse a Irene a la fiesta, que iba a darse aquella misma noche.

Afortunadamente, Donald, enterado de lo ocurrido, consoló a Irene, que se lamentaba de la antipatía que le tenía el modisto, diciéndole, dispuesto a todo:

— ¿Dice usted que ha quedado excluida de la fiesta? Nada de eso... ¡Va a ser usted el número principal, o pierdo yo mi nombre!

La noche de la gran fiesta, las mamás de las tres modelos tomaban el fresco, alegres y confiadas.

Hablaron de sus hijas, que habían salido juntas.

Jane había dicho a su madre que iban al cine. Helen dijo a la suya que iban a la ópera, e Irene aseguró a la señora O'Dare que habían adquirido entradas para ver un drama.

Las madres sospecharon que no habían ido a ninguna parte buena, y como la madre de Jane encontró en un libro que estaba leyendo la mu-

chacha una invitación de la fiesta de los Marshall, no dudaron que habían ido a dicha fiesta... como modelos.

¡Ahora comprendían por qué hablaban tanto de vestidos!

Irián a buscarlas. ¡Vaya si irían!



Iba a comenzar la representación de "Modas y Modelos", como una revista frívola preparada con gusto exquisito. Momento trascendental y culminante para el crédito de la casa de modas y para Irene, aceptada como protagonista por Dobladoillo en vista del empeño de Donald.

Viéronse Irene y Donald un momento, antes de la representación. Ella le dijo:

— Después de la fiesta de esta noche tendremos que despedirnos. No puedo mentirle más tiempo a mi madre. Además... no me siento con fuerzas para seguir desempeñando un papel que no es el mío...

— Irene... vale usted más que todas esas mujeres juntas. Acepte esta joya... y más tarde le diré cuál es su verdadero papel en el mundo — respondió Donald mirándola cariñosamente.

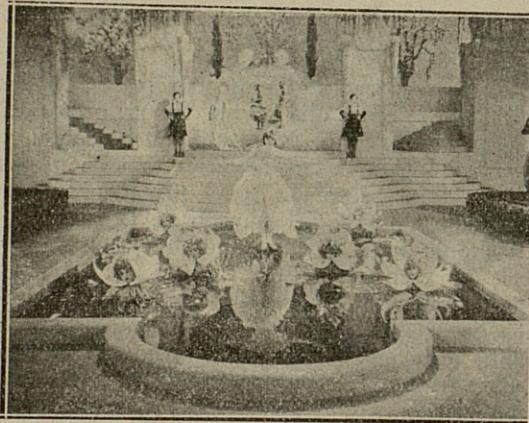
Le dió un collar de perlas. Irene se resistía a tomarlo, pero ante la insistencia de Donald no pudo negarse a aceptarlo.

Empezó la representación.

Sucediéronse los modelos más exquisitos, de Primavera... de Verano... de Otoño... y de Invierno, luciendo Irene las mejores creaciones en

todas las escenas, deliciosamente combinadas, de la revista, presenciada por selecto público.

En invierno es cuando la gente se cubre más, pero en los jardines de los Marshall, el interés de la casa de modas requería que las modelos,

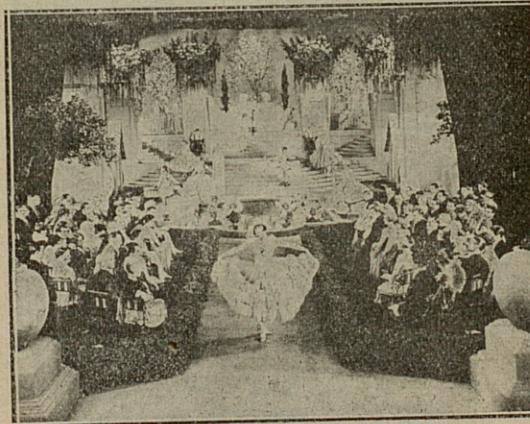


Empezó la representación.

abriéndose el abrigo de pieles, mostrasen su ropa interior, haciendo las veces el abrigo de vestido, para enseñar los variados modelos de combinaciones.

Las madres de Irene, Jane y Helen llegaron a la fiesta en tan crítico momento, no habiéndolas acompañado el señor O'Dare — cuyo ingenio

era tanto que había encontrado al fin el medio de beber a sus anchas en su casa, cambiando la medicina de una botella por licor y llenando de medicina esta última botella, para que su esposa la tirase al encontrarla — porque un vecino



Sucediéronse los modelos más exquisitos...

le había puesto debajo de los ojos una botella de licor capaz de despertar a un difunto.

Irene iba a abrir el abrigo para mostrarse enpaños menores, cuando su madre, escandalizada, le gritó:

—¡Quieta! ¡Como abras el abrigo te rompo el alma!

Se supone la sorpresa que la irrupción de las tres humildes mujeres causó en la reunión.

Helen y Jane eran sermoneadas por sus res-



...luciendo Irene las mejores creaciones...

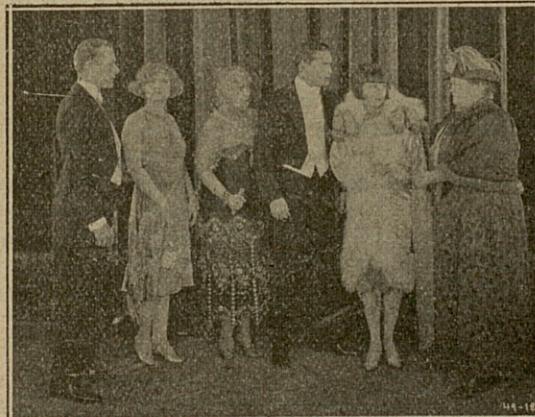
pectivas madres, y la señora O'Dare, alcanzando a Irene, desató su enojo a gritos.

—¡Insolente! ¿Te parece bien hacer esas cosas?

Dobladillo se daba a todos los demonios.

Donald, la señora Marshall, la novia elegida por ésta para su hijo, y un amigo reunieronse con Irene y la señora O'Dare.

—No toleraré que mi hija divierta a la gente



—No toleraré que mi hija divierta a la gente de este modo.

de este modo — prosiguió la señora O'Dare, dirigiéndose a los cuatro.

La señora Marshall miró con soberbia a la señora O'Dare y recriminó duramente a Irene.

—Bien desempeñó usted su papel de muchacha de la mejor sociedad, bien. Desde luego, me imagino que todas sus maquinaciones han sido

para cazar a mi hijo, que no hacía más que hablarnos de usted; ¿no es eso?

Irene defendióse.

—Guárdese su hijo, señora. No lo quiero. Y no permitiré que nos insulte a mi madre y a mí. No somos gente vulgar... ¡Somos gente pobre, pero también tenemos nobleza!

Donald quería dar explicaciones.

Irene le atajó:

—Me hizo usted soñar en un mundo que no era el mío... Pero he despertado ya, y sólo tengo un deseo... ¡no volverle a ver más!

La señora Marshall llamó al criado, ordenándole que mostrase la puerta a Irene y su madre.

La señora O'Dare, que contenía su cólera por verdadero milagro, exclamó:

—¡Señora mía, no le digo lo que siento, porque no me gusta insultar a nadie!

Y se marcharon, llorando silenciosamente Irene.

¿Qué haría Donald? ¿No dió a entender a Irene que la amaba?

Al llegar a su casa, Irene salió a la galería y lloró sola pensando en que había perdido el amor de Donald.

Pero éste, que la quería de veras, llegó tras ellas al humilde hogar y confesó a la señora O'Dare que deseaba a Irene por esposa.

La buena madre dudaba al principio de la sinceridad de Donald; mas luego, convencida de que no mentía, llamó a su hija.

—¡Irene!

—Ya voy, mamá — respondió la cuitada.

Donald salió a la galería y acercóse sobre la punta de los pies a Irene, que no le vió, pero que, sintiéndole llegar y confundiéndole con su madre, murmuró:

—¡Mamá! ¡Si supieras cómo le quiero! ¡Qué desgraciada soy! ¿Por qué habrá nacido millonario?

Donald le reveló bruscamente su presencia, y, estrechándola contra sí, le dijo:

—¡Irene! ¡Tesoro de mi alma! ¡Te he oído... te he oído, y soy el más feliz de los hombres! ¡Yo te adoro!

—¡Oh, Donald! Pero... ¿y tu mamá?

—Mamá hará lo que yo quiera. En mi corazón mando yo. Estoy seguro de que tratándote como te trató, quiso probar si te quería.

Y bajo la caricia de las estrellas, Irene besó al amor.

FIN

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
ROBERT FRAZER*

PRÓXIMO NÚMERO
EL IDEALISTA

Creación de
AGNES AYRES, PATT O'MALLEY, ETC.

Postal-obsequio: CORINNE GRIFFITH

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRÁFICA sale
todos los viernes. - Precio: 30 céntimos

¡ATENCIÓN!

En interés de ustedes anunciamos
que el LUNES se pondrá
a la venta

El Gran Desfile

(Por JOHN GILBERT, RENÉE ADORÉE,
KARL DANE, etc.)

Segundo libro de
La Novela Semanal Cinematográfica
Ediciones Especiales

Novela de gran emoción que nadie dejará
de leer; y que EN BREVE la misma casa
editorial

La Novela Semanal Cinematográfica

publicará su

NUMERO ALMANAQUE, 1927

¡LOCURA! ¡DERROCHE DE CLISÉS!

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Díarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**
Barbará, 10, BARCELONA. Ferroz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN